

## Turbulencias del plan Austral

**E**RRADICAR LA INFLACION FUE UNO DE LOS principales objetivos del plan Austral. Por eso mereció el apoyo con el cual contó. Sin pretender agotar aquí tan importante tema, algunas reflexiones son oportunas.

### Procedimiento errado

Lamentablemente, el procedimiento errado que se adoptó en procura de tan loable propósito, anticipaba desde su inicio que, por el camino elegido, sería imposible el éxito por todos anhelado. Las turbulencias que ahora son evidentes se deben a ese error de procedimiento que optó por la inveterada tendencia malsana de actuar sobre los efectos del flagelo, en lugar de atacar sus verdaderas causas. Fue así como se congelaron y controlaron precios, salarios, cambios, y tasas de interés, en lugar de dejarlos libres y actuar también sin titubeos, sobre la reducción drástica del gasto público y la privatización inmediata de las empresas estatales, saltando por encima de los dañinos intereses creados que la resisten.

### Dirigismo vs. libertad

La política pragmática y gradualista, pletórica de marchas y contramarchas, ha conducido como ahora se ve claramente, al incremento del desorden institucional, político, económico y financiero, que frustró las esperanzas de quienes creyeron que el problema se resolvería controlando las "variables económicas" desde los escritorios de la burocracia oficial, quien piensa ingenuamente que el dirigismo practicado por ella es bueno, y que los fracasos anteriores se debieron a un "dirigismo" malo. Sin advertir que,

en realidad, tal como sucedió ayer y sigue sucediendo hoy, los fracasos se deben al dirigismo en sí, que siempre es motivo de frustraciones y fuente de corrupción. Todo ello, no debemos dejar de repetirlo, ocurre en flagrante violación del espíritu y la letra de la gloriosa Constitución de 1853/1860, cuyos sabios preceptos deben cumplirse para bien de todos sin más tardanza, en lugar de insistir en querer reformarla. Lo que el país necesita urgentemente para salir de la tremenda crisis que nos agobia es abolir el dirigismo, reemplazándolo por la libertad que ordena la Constitución.

La manera como se ha implementado el plan Austral, además de asegurar un fracaso, contribuye a que aumente la confusión reinante respecto a la naturaleza misma de la inflación. Porque al decidirse en favor de lo que ha dado en llamarse "inflación reprimida", el plan Austral impuso precios máximos y los congeló junto con otras variables económicas, con la inevitable consecuencia contraproducente, incluyendo serios desabastecimientos, que ahora afloran. De ese modo, aparentemente convalidó la idea falaz de que la inflación es simplemente un alza generalizada de los precios.

### La inflación es un fenómeno monetario

Así se traba el razonamiento lógico, impidiendo ver dónde se halla la raíz del mal. De esa manera queda oculto el hecho cierto de que la inflación es un fenómeno monetario, y que ella está causada exclusivamente por el gobierno, mientras subsista el sistema en el que la moneda y el crédito dependen por completo del poder político o sea que la expansión o contracción de su volumen están sujetas a la voluntad caprichosa del burócrata de turno. De ahí la importancia de retornar al patrón oro que, sin ser perfecto, limita el poder de los gobernantes sobre la moneda, por cuanto condiciona su expansión a la producción y costo operativo del áureo metal. Hay que ir pensando en transformar al Banco Central en un Banco de Conversión que reemplace a lo que es hoy una perversa máquina de fabricar inflación.

Pero hay más. En el marco del actual sistema perverso que promueve y facilita los males que sufrimos, cuando el gobierno gasta más de lo que tiene, debe cubrir la diferencia de alguna forma; ya sea reduciendo el gasto, aumentando impuestos, o incrementando la deuda con más préstamos. Y, al no adoptarse esas medidas, o ellas resultan insuficientes para eliminar el déficit fiscal, el sistema adoptado a espaldas de la Constitución brinda en bandeja de plata la posibilidad de recurrir a la emisión monetaria espuria que impulsa el alza de los precios. Y esto es, precisamente, lo que hace el gobierno; expande artificiosamente la moneda y el crédito con diversos pretextos y artilugios. Si esa expansión se ha contenido algo y el alza de precios se ha frenado en alguna medida durante un tiempo, ello no quiere decir que el procedimiento para lograrlo sea correcto. Porque, con el procedimiento seguido, se mantiene viva la raíz del mal, que no es otra que la perversión de las funciones del estado determinante de sus institucionales actividades comerciales, industriales, agrícolas, bancarias, etcétera, y del fabuloso gasto público, imposible de ser costado por los contribuyentes que ya están exhaustos.

La maraña de trabas, regulaciones y controles diversos, junto con la invasión del estado en actividades propias de los particulares —caso de las

expropiaciones de empresas privadas— tiene sometida a la actividad creativa productora a un despotismo indignante que enerva a la iniciativa privada y ahuyenta las necesarias inversiones. La confianza perdida gracias a esta errada política, no sólo frena a las nuevas inversiones, sino que, incluso, dificulta la reposición del desgaste sufrido por el capital existente. De esta manera, se viene descapitalizando el país cada vez más.

Ciertamente la caída del salario real es motivo de justificada preocupación. Pero también en este tema se comete un grave error si no se advierte cuál es la única manera de incrementar el salario real de todos los trabajadores que desean trabajar. Siempre el mejoramiento del salario real obedece al aumento de la cuota de capital por habitante. Nunca resultará de la compulsión estatal ni de la intimidación o violencia sindical. El mejor nivel de vida del obrero norteamericano se debe, precisamente, a la mayor cuota de capital por habitante. Más y mejores herramientas, equipos y maquinarias para la tarea del trabajador, multiplican su productividad y elevan su salario real. Y esa capitalización fue posible al tiempo de un mayor respeto a la propiedad y a la libertad personal, con moneda relativamente sana que impulsó el ahorro genuino. Lo que nosotros necesitamos pues para elevar el salario real son inversiones de capital privado, que sólo van adonde hay suficientes garantías a la propiedad y a la libertad y la moneda no está sujeta a políticas erráticas.

Tampoco el plan Austral ha contemplado la urgencia de que al campo se lo libere de la hostilidad de que es objeto, cuya hostilidad se manifiesta principalmente en las retenciones a las exportaciones. Pero resulta que los dirigentes desde sus escritorios, descuidan el campo, mientras elucubran procedimientos para exportar productos industriales subsidiados, que no son competitivos en los mercados mundiales, habiendo casos en los que ciertos productos de la industria serían competitivos si sus costos no estuvieran fuertemente recargados por el peso de la abrumadora burocracia oficial. Entretanto, se aumentan artificiosamente los costos de la producción agropecuaria con impuestos exorbitantes, al tiempo que se traba y encarece la importación de elementos necesarios para aumentar la productividad del campo, que permitiría aprovechar las ventajas comparativas, a fin de que sus productos resulten más competitivos en los mercados mundiales.

#### **Luchar contra la hipertrofia del Estado**

Todo este desorden resulta de las medidas de gobierno reñidas con los principios constitucionales y con la democracia genuina, la que es incompatible con la violación de los derechos individuales perpetrada a diario desde las alturas del poder. Por lo tanto, la consigna debe ser, no tanto “luchar contra la inflación”, sino “luchar contra el empobrecedor y liberticida monstruoso aparato estatal y todos sus controles y regulaciones asfixiantes que hoy existen”. Esta debe ser la consigna del plan Austral, si se quiere que el mismo tenga éxito

*Alberto Benegas Lynch  
La Prensa  
Buenos Aires*